

EL ESPACIO GEOGRÁFICO DEL QIJOTE

POR

MIGUEL PANADERO MOYA*

1. Paisaje y literatura

La lectura de algunos textos literarios facilita la conformación de paisajes ideales en la imaginación de los lectores. Se trata de paisajes pensados y recreados por un autor a través de su personal experiencia, que sirven de escenario para el desarrollo de la trama argumental que han ideado. La descripción de estos paisajes, al integrar elementos del medio natural y de la cultura, comporta una invitación a la comprensión del espacio según es entendido por la Geografía. Un caso discutido lo constituye la novela más importante de la literatura universal, el relato de las aventuras de Don Quijote de La Mancha, para muchos un libro sin paisaje. Es cierto que su autor, en cierta ocasión, nos habla del desinterés por la descripción del paisaje rural (referido a la vivienda de un labrador rico) porque no se avenía con el propósito principal de su historia. Sin embargo, la primera noticia y conocimiento que se tiene de esta extensa porción de la geografía de España que es La Mancha nos parece que está emparentada, incluso condicionada, por el imaginario de Don Miguel de Cervantes. La realidad y la recreación se mezclan en las interpretaciones que de la lectura de su novela han hecho numerosos autores durante los cuatro siglos transcurridos desde su primera pu-

* Universidad de Castilla-La Mancha.

Una versión preliminar de las ideas desarrolladas en este artículo fue presentada en la conferencia inaugural del VI Congreso Nacional del Grupo de Didáctica de la Geografía de la AGE, en Toledo, en el paraninfo del Palacio Lorenzana de la Universidad de Castilla-La Mancha, el día 21 de noviembre de 2003, impartida con el título de *Paisaje y literatura: los textos literarios para la enseñanza de la Geografía*.

blicación. La lectura del Quijote con una mirada geográfica nos permite descubrir los datos que constituyen el escenario y, a su vez, entre los lances de la aventura, percibir la vida que anima al paisaje y lo transforma, como señalaba Milton Santos, en espacio geográfico.

2. La Geografía humanista y los textos literarios

La reflexión sobre el enfoque cultural y sus relaciones con las concepciones geográficas del espacio es un tema por el que numerosos miembros de la comunidad de geógrafos han mostrado notable interés. Esta orientación de nuestra disciplina contempla el espacio como una entidad que posee significados diferentes, dotada de identidades que son construidas a partir de la interpretación de los individuos. Se trata, según manifiestan los geógrafos culturalistas, de una aproximación que permite descubrir el sentido que dan los seres humanos al entorno que los rodea, un entorno que, más allá de su apariencia real, es interpretado por cada cual a partir de sus propios valores y creencias (CLAVAL, 2002). Desde esta perspectiva, los textos literarios han adquirido un importante papel como vehículo para acceder a la comprensión de la realidad.

Innumerables páginas de la literatura de creación sirven de ejemplo de esta práctica. Resulta fácil encontrar descripciones del paisaje, ya sea natural o humanizado, rural o urbano, que constituyen el marco para el desarrollo del argumento de una novela y que han sido utilizadas con este fin. Su estudio permite adentrarnos en el conocimiento de una realidad subjetiva, que ha sido reconstruida por el autor y forma parte de su imaginario. En esta tarea se han ejercitado no pocos geógrafos desde el último cuarto del siglo XX. Las anotaciones sobre esta ocupación son frecuentes y sus manifestaciones las encontramos tanto en la producción anglosajona como en la francesa (CLAVAL, 1995: 41). Para Claval, la utilidad de la percepción del espacio y de los testimonios literarios la introdujo en la geografía gala Armand Frémont inicialmente en los años setenta y su aprovechamiento ha continuado hasta nuestros días.

En la actualidad, la práctica de la geografía cultural ha renovado su acercamiento a las humanidades, es decir, a las disciplinas de la expresión y la comprensión, en particular a las fuentes literarias, de las que geógrafos como Levy (1989) o Chevalier (1993) han dado pruebas de que no se ha agotado su utilidad. También varios autores españoles —Ca-

rreras (1988 y 1998), Vilagrasa (1988), Suárez-Japón (2002), Gómez de Mendoza y Ortega Cantero (1988 y 2002)— se han referido a esta misma orientación en distintos momentos y con perspectivas diferentes. En el caso de estos dos autores últimos, por ejemplo, desde el interés por la legibilidad de los paisajes. Sus manifestaciones acerca de naturaleza y cultura del paisaje pueden interpretarse como una expresión particular de estos enfoques.

En el paisajismo geográfico moderno, se presenta el paisaje como expresión visible de un orden natural que incluye al hombre y que necesita aunar la explicación y la comprensión. Se atribuye a la explicación ocuparse principalmente de la naturaleza del paisaje, de su organización natural, mientras que a la comprensión, atenta sobre todo a las cualidades, a los valores y a los significados, se le reconoce moverse en el terreno de la cultura del paisaje. Las imágenes de carácter literario tienen aquí también su lugar, contribuyendo a destacar el sentido del paisaje. Sobre estas cuestiones tendremos ocasión de extendernos más adelante. En cualquier caso, pretendemos detenernos antes en los antecedentes más próximos en los que se puede enmarcar el encuentro entre geografía y literatura; en el fenómeno que se dio en llamar como «preocupaciones humanistas» hace ya treinta años.

La emergencia de esta corriente del pensamiento geográfico fue un tema estudiado en su día por J. Estébanez (1982); sus reflexiones de entonces serían reproducidas más tarde en el libro *Lecturas Geográficas* publicado por la Universidad Complutense (2000) en su memoria. Más recientemente se ha referido también a esta misma cuestión Paul Claval (1995) en un extenso tratado dedicado a presentar los orígenes y el estado actual de la Geografía Cultural. La ascensión de tales «preocupaciones humanistas», recuerda el geógrafo francés, tuvieron su origen en las especulaciones que a finales de los años sesenta desarrollaba en Toronto el geógrafo de origen chino Yi-Fu-Tuan. Su interés por el apego que las personas manifiestan por su país y por la experiencia que de ello tienen los medios populares, así como las representaciones espaciales que de este fenómeno resultan, le llevó a activar un término nuevo, el de «geosofía». Este término no tuvo demasiada fortuna, aunque algunos otros geógrafos, entre ellos J. Vilagrasa, en España, se fijaron en él y desarrollaron igualmente interesantes aportaciones en las décadas siguientes dentro del mismo marco conceptual. Asimismo ha sido recordado recientemente por Suárez-Japón (2002:135) en la introducción a su

lectura geográfica de los escritos de viaje de José Manuel Caballero Bonal. Este autor cita a Ley y Samuel (1978) en el establecimiento de las relaciones entre Geografía y Literatura, y también a Wright (1947), como referente del concepto de «geosofía estética», esa actividad centrada en el análisis de los componentes geográficos del arte y la literatura de los que se había ocupado Vilagrasa (1988).

En relación con el pensamiento de Yi-FuTuan estuvo también en esos momentos el de geógrafos como Anne Buttimer y Marwyn Samuels. Estos últimos desarrollaron el suyo propio inspirado en lecturas filosóficas, declarando practicar una orientación fenomenológica, es decir, un análisis y una descripción del mundo según lo perciben las personas a través de su experiencia directa, al margen de categorías preconcebidas y con tan pocos prejuicios como fuera posible. Entrada la segunda mitad de los setenta Yi-Fu-Tuan denominó «aproximación humanista» a esta nueva corriente que *«insistiendo sobre el sentido de los lugares, sobre la importancia de las vivencias, ...hace indispensable un estudio en profundidad de las realidades culturales»* (CLAVAL, 1995: 39). De este modo se abría el camino para una renovación de la geografía con un enfoque cultural, orientación en la que merecería una particular atención las imágenes proporcionadas por la literatura.

Esta corriente tuvo una rápida difusión. Para sus cultivadores los lugares no eran solamente *«una forma y un color, una racionalidad funcional y económica; están cargados de sentido para aquellos que los habitan o que los frecuentan»* (Ib., 1995: 40). En su aplicación práctica, la producción literaria, especialmente la novela, se convirtió en documento, con el que *«la intuición sutil de los novelistas nos ayuda a experimentar el país por los ojos de sus personajes y a través de sus emociones»* (Ib., 1995: 40).

En la segunda mitad de los años ochenta, J. Vilagrasa, publicó un interesante artículo que calificó de ejercicio de «geosofía estética», asumiendo los mismos postulados. Citaba a D. W. Meinig, (1983) para referirse a las conexiones entre la geografía y la literatura, señalando que la novela puede ser leída como un almacén de descripciones vividas de paisajes y de personas, y de narraciones de experiencias con los lugares y con el medio. Aseveraba asimismo que *«presentar... las expresiones geográficas subyacentes en las novelas y en los novelistas, depende, más que de otra cosa, de la reflexión personal del investigador y de su capacidad para comunicarla.»* (VILAGRASA, 1988: 274).

En la propuesta de este autor, dentro del conjunto de manifestaciones socioculturales que puede revivir una novela, la lectura geográfica debía centrarse en aquellas cuestiones que se refieren a las relaciones entre los hombres y su entorno natural y social. Interesaba la descripción de las transformaciones de los lugares a lo largo del tiempo y las vivencias de los hombres con los paisajes. Una lectura adecuada permitiría imaginar las condiciones de la existencia humana en el pasado, del mismo modo que ciertos estilos narrativos reconstruyen modelos sociales y territoriales fácilmente reconocibles como propios de un tiempo y de un lugar. En síntesis, afirmaba Vilagrasa refiriéndose sin duda a la novela, cierta prosa de creación podía ser considerada como un documento y como una biografía del espacio (Ib., 1988: 277).

C. Carreras se ocupó también de este asunto en esas mismas fechas. Advertía que el florecimiento de las corrientes humanísticas en el pensamiento geográfico internacional, estaba incrementando la utilización de textos literarios en la investigación geográfica, y que recurrir a estas fuentes de estudio que él calificaba como irracionales y subjetivas (CARRERAS, 1988: 165) no era nada nuevo. Este uso, por otra parte, planteaba el problema teórico que se derivaba de la subjetividad que dichas fuentes entrañaban necesariamente (Ib., 1998: 167)¹ y que él asumía con una valoración favorable.

3. Tratamiento de la información geográfica de los textos literarios

Tanto el trabajo de Vilagrasa (1988) al que hemos aludido, como los de Carreras (1988 y 1998), sugieren aproximaciones metodológicas para el análisis de los textos literarios muy útiles.

¹ «El uso de las fuentes literarias hoy... puede interpretarse como una adaptación a las nuevas corrientes imperantes en el campo de la geografía, para algunos, introductoras de una buena dosis de irracionalismo. En alguna medida así debe de ser indudablemente; el interés en la comprensión más que por la explicación, el estudio de los fenómenos y de las experiencias más que de los hechos y las regularidades han llevado hacia el prestigio de este tipo de fuentes frente a otras. Pero esta explicación exclusivamente unidireccional sería reduccionista en exceso. (...) El racionalismo, que sin duda ha contribuido a explicar buena parte de los problemas que la humanidad tiene planteados..., no puede él solo dar cuenta de esta realidad compleja; el propio racionalismo aconseja una cierta dosis de irracionalidad para huir de sus rigideces generalizantes y normativas y para comprender la diferencia y la irregularidad, también grandes derechos de la Humanidad» (CARRERAS, 1988: 168).

El primero destacó varios temas de estudio que consideró más convenientes: las expresiones culturales incluidas en la historia que se nos cuenta y los itinerarios descritos. Las novelas ubicadas de forma precisa en una época y en un sitio facilitan al lector una referencia cultural; permiten entender las acciones de los personajes como producto de motivaciones racionales, adaptadas a mentalidades específicas y a valores solo aprehensibles en relación a un tiempo y a un espacio². A su vez, el itinerario es un recurso creativo habitual que da soporte a la secuencia de acciones (VILAGRASA, 1988: 276). Los caminos recorridos por don Quijote, por ejemplo, han alimentado una inagotable relación de lugares que, aún cuando en la mayoría de los casos permanecen innominados, han sido capaces de recrear un marco espacial de identidad fácilmente reconocible.

Por su parte, C. Carreras (1998) se interesó más tarde por el uso de los textos literarios en Geografía, una práctica considerada ya tradicional para los geógrafos autodenominados humanistas que acostumbran a servirse de estas obras y de otros elementos culturales y artísticos como fuente de información para la comprensión de la realidad territorial que investigan. En su trabajo se ocupó de definir una metodología para el estudio del territorio en la literatura de creación, a partir de experiencias propias anteriores y de la síntesis realizada por J. Vilagrasa (CARRERAS, 1998: 163-164). En su sencillo esquema analítico se establecían tres fases. En primer lugar, la «lectura geográfica» de las fuentes literarias, que proporcionan la información acerca del lugar o de los lugares en los que se desarrolla la acción. Después, la organización sistemática de los datos obtenidos, acompañada de una plasmación cartográfica del territorio descrito en la obra con la localización de los lugares y escenas, los iti-

² «Cabe calificar a las geografías literarias como espacios racionales, pensados, descritos y transformados para cumplir unos objetivos. Por lo tanto la lectura geográfica de una novela ha de interesarse necesariamente por las concepciones territoriales del creador. (...) el lugar donde transcurrió la vida del autor fue el utilizado para su creación. En este sentido debe hablarse de conocimiento experimentado, de vivencias personales con el territorio, pero también... de erudición, de conocimiento cultural de la vida local. (...) El conocimiento científico y el erudito son, solamente, partes de lo que conforma la apreciación geográfica del autor, como lo es la experiencia directa de los lugares. Los idearios políticos y sociales, los hábitos y los tópicos culturales constituyen el resto. La mejor novela no deja de transmitir una concepción del mundo, quizás muchas veces solo apuntada, subliminal, pero inseparable del objetivo comunicativo que tiene la literatura. Cuando esta es explícita puede llegar a dibujarse una verdadera épica del espacio que sirve al narrador de sendero comunicativo con sus lectores» (VILAGRASA, 1988: 282).

nerarios, y las formas espaciales presentadas por el autor. Finalmente, un análisis espacial, un estudio geográfico que mediante la descripción y las interpretaciones vividas por el autor se facilita la explicación de la realidad territorial y nos permite avanzar en su comprensión (Ib., 1998: 171-175).

Descendamos ahora desde el plano teórico a sus aplicaciones prácticas. Ya anticipamos a este respecto que, en esta ocasión, nos interesa explorar las posibilidades que se ofrecen a quien con mirada de geógrafo humanista se recrea en la lectura de la más famosa de todas las novelas de la literatura universal, en el relato de las aventuras del ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha.

4. La delimitación histórica del territorio de La Mancha

El primer punto a considerar es el de la delimitación político-administrativa de esta extensa comarca. Con este objeto es imprescindible contar con algunas referencias histórico-geográficas sobre el territorio de la provincia de la Mancha, escenario de las aventuras de Don Quijote.

A finales del siglo XVIII, en el interesante comentario histórico-geográfico que un ilustrado, J. A. Pellicer, dedicó a la edición madrileña del Quijote de Gabriel de Sancha, se explica el cambiante alcance territorial que esta dilatada comarca ha tenido en los últimos siglos. La Mancha se dividía en Baja y Alta, escribió. «*La Mancha Baja consta de los dos Campos de Calatrava y Montiel: el de Calatrava está más meridional, al extremo de Castilla-La Nueva, y pegado a las faldas de Sierra Morena. La Mancha Alta se compone de los pueblos que se extienden desde Villarrubia de los Ojos de Guadiana, o sus cercanías, hasta Belmonte y faldas de la Sierra de Cuenca*» (PELLICER, 1799: 230). Pero antiguamente sólo se conocía una única Mancha, a la que se añadió después el sobrenombre de Monte Aragón³. Este apelativo,

³ «Hablando don Pedro López de Ayala en el siglo XIV, de la pérdida de España, dice que sucedió por la traición e maldad del conde don Julián que era conde de Espartaria, que quiere decir de la Mancha, que hoy dicen de Monte Aragón. Estas expresiones del cronista del rey don Pedro nos declaran dos cosas: la una, que la voz *Mancha* es como correspondencia o traducción de la de *Espartaria*; y la otra, que esta Mancha se llamaba en su tiempo de *Monte Aragón*» (PELLICER, 1799: 232).

que hoy está próximo a desaparecer por el escaso interés que se puso en las últimas décadas, en esta parte de La Mancha, en las cuestiones que afectan al patrimonio inmaterial, procedía del sobrenombre de la sierra así llamada, que va desde Chinchilla hasta las tierras valencianas. Como hace la novela cervantina, en el siglo XVI se atribuía el nombre de *Mancha de Aragón* al territorio que se extendía desde los límites de los reinos de Valencia y Murcia hasta las inmediaciones de la villa de Belmonte.

Dos siglos antes, la repoblación medieval de la mayor parte de esta zona peninsular había sido efectuada por varias Órdenes Militares: al nordeste, la de San Juan, con su priorato en Consuegra; al sudoeste, la de Calatrava, que lo tenía en Almagro; y al este, la de Santiago, frontera a su vez por el sureste con las tierras también manchegas del influyente Marquesado de Villena. La Orden de Santiago había reunido sus poblaciones en tres «comunidades» o asociaciones entre pueblos de una misma jurisdicción con fines ganaderos y fiscales, con sedes administrativas en Uclés (Común de Uclés), Quintanar (Común de la Mancha) y Villanueva de los Infantes (Campo de Montiel). El Común de Uclés se extendía desde la villa de Uclés hasta el Cigüela y regulaba los aprovechamientos comunales de pastos de esta zona. Más al sur estaba el Común de La Mancha que se extendía entre las riberas del Cigüela y del Guadiana. Finalmente, el Común de Montiel, que se extendía desde el Guadiana hasta el Guadalmena, ya en el valle del Guadalquivir.

El Común de La Mancha tuvo a Quintanar de la Orden como cabeza de partido y, en 1603, según el libro de visitas de la Orden santiaguista, sus principales poblaciones eran Campo de Criptana (1.514 vecinos), Corral de Almaguer (1.228 v.), El Toboso (1.200 v.), Socuéllamos (800 v.), Quintanar (790 v.), Mota del Cuervo (750 v.) y Villamayor (640 v.) (Martín de Nicolás, 1988:37-44). En dos de estas poblaciones, Criptana y La Mota, se encontraban importantes concentraciones de molinos de viento. Por su parte, la Mancha de Aragón (o de Montearagón) que decidió conocer don Quijote después de su visita al Toboso, cuyas aventuras se cuentan en la segunda parte de la novela, se correspondía en los tiempos de Cervantes con el territorio del llamado «partido de arriba» del antiguo Marquesado de Villena, situado en la mitad oriental de La Mancha, entre las tierras de las Órdenes Militares de la Corona de Castilla y las valencianas del Reino de Aragón.

5. Lecturas geográficas de La Mancha literaria

Asumiendo la propuesta de García Rayego y González Cárdenas (1997), La Mancha ha sido definida recientemente como una llanura casi perfecta donde los desniveles son muy pequeños, originada fundamentalmente al final de la Era Terciaria, rellenada por calizas, margas, etc., y afectada por encostramientos carbonatados (caliche) durante el Cuaternario (PILLET, 2001: 28). Se trata de una comarca natural que está instalada sobre la cubeta sedimentaria de la submeseta meridional, carente de deformaciones tectónicas y modelada por formas superficiales derivadas de la reducida capacidad erosiva de la red fluvial del Guadiana y, ocasionalmente, en sus márgenes septentrional y oriental, por los cauces afluentes al Tajo y al Júcar. Su dominio está limitado por estructuras geomorfológicas muy diferentes: las formaciones montuosas de la rama castellana del Sistema Ibérico, por el nordeste; los relieves residuales de la penillanura herciniana y los Montes de Toledo y de Ciudad Real, por el oeste; y finalmente la enmarca por el sur la altiplanicie calcárea del Campo de Montiel que constituye la avanzadilla de las Cordilleras Béticas hacia la meseta.

Este territorio está ocupado actualmente por los términos de cerca de un centenar de municipios pertenecientes a cuatro provincias castellano-manchegas: Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Albacete. Es cierto que la singular horizontalidad de su paisaje no deja insensible a quien lo llega a conocer. Algunos testimonios de quienes, tras la lectura de la novela de Cervantes, pasaron en los últimos siglos por La Mancha atraídos por la imagen literaria de su espacio irreal, han sido recopilados por F. Pillet. Los calificativos de estos escritores reflejan a menudo una impresión primera, una visión superficial de sus caracteres, predominando la percepción de una árida monotonía y desnudez como únicos atributos de su infinita llanura⁴. Pero, como recordaba Vilagrasa en el

⁴ Esta extensa cita pertenece a una de esas referencias: «*Los viajeros extranjeros del siglo XVIII destacaban un territorio bastante llano, cubierto de ventas y posadas, de norrias, de abundancia de mulas y ausencia de bueyes (Tomwmsend, 1988: 255-257); los del XIX, como Gautier, Dumas y Jaccaci, hablan, respectivamente, de un monótono camino, de un país severo de áridos páramos, e incluso lo asociaban a un paisaje africano (Campos y Herrero, 1994; Villar, 1997). Pérez Galdós señalaba que si alguna belleza tiene, es la belleza de su conjunto, su propia desnudez y monotonía; su llanura ancha, infinita y desesperante, tal como la sintió Azorín (1905) en su viaje; o yerma, según Baroja (1911)*» (PILLET, 2001: 27).

trabajo citado páginas atrás, existe una gran diferencia entre las percepciones que de un medio y de un paisaje tienen sus habitantes y las de quienes llegan a él desde el exterior. Autóctonos y foráneos crean relaciones y experimentan sensibilidades con cada lugar que son distintas. Sólo para los primeros ese lugar pertenece a un mundo largamente vivido y, por tanto, les aparece como legible y funcional (VILAGRASA, 1988: 276).

5.1. *La contribución de la geografía histórica al conocimiento de La Mancha*

El paisaje literario encuentra su descripción más ajustada en los textos histórico-geográficos de su tiempo y, ocasionalmente también, en los de otras etapas posteriores caracterizadas por la permanencia de las técnicas y las formas culturales precedentes. Las informaciones dadas por algunas localidades de Castilla-La Nueva al interrogatorio que ahora conocemos como *Relaciones Topográficas de Felipe II* (1575), y las *Respuestas Generales del Catastro de Ensenada* (1752), constituyen la fuente más aprovechada para facilitar la recuperación de la imagen del paisaje de La Mancha que sirvió de escenario a las aventuras que se cuentan en la novela cervantina. El caso de Daimiel, presentado con minuciosidad por F. Arroyo (1993) es especialmente esclarecedor.

La Mancha que conocieron quienes la habitaban a finales del XVI era un espacio geográfico en expansión. Había experimentado un fuerte crecimiento demográfico durante todo este siglo, hasta la época en que vivió Cervantes. El autor citado cuenta que durante esa centuria, toda La Mancha, y dentro de ella los territorios de las Órdenes Militares especialmente, fueron verdaderos frentes pioneros que guiaron un animado proceso de ocupación y poblamiento en el que participaron gentes procedentes de toda la península⁵. Se refiere al «hambre de tierra» del campesinado, en cuyo afán coincidía con el interés de la oligarquía

⁵ «La coyuntura expansiva de la población manchega... es un elemento clave para explicar el crecimiento del resto de la población castellana durante el siglo de Oro, cuyo máximo poblacional se alcanzó, según Carande, en torno a 1560. Pero a diferencia de ésta, la población de La Mancha, y en general de toda la submeseta meridional, siguió creciendo hasta finales de siglo, aunque a menor ritmo que en la primera mitad, pero cuando ya la coyuntura se había invertido en extensas zonas del país» (ARROYO, 1993: 40).

agraria por incrementar sus beneficios y conseguir nuevas rentas. Los «rompimientos» y roturaciones de las dehesas para transformarlas en tierras de cultivo estaban impulsados tanto por las necesidades alimenticias de una población campesina que no dejaba de aumentar, como por el interés de sus propietarios en acrecentar sus beneficios (ARROYO, 1993: 40). En 1575 el paisaje agrario de La Mancha lo componía una cerealicultura de secano acompañada de viñedo y de una importante cabaña ganadera integrada por ovejas, cabras, yeguas y vacas.

En la aventura de los rebaños de ovejas, Cervantes relata que su protagonista se situó en un pequeño altozano para contemplar los dos ejércitos contendientes, que así le parecieron a don Quijote las dos manadas mesteñas que avanzaban sobre la llanura; entre los personajes que éste identifica en la hueste estaban precisamente «*los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas*», y también «*los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso*» (DQ1.^a XVIII)⁶. En el entorno de esta dehesa se hallaba el encharcamiento de las Tablas de Daimiel que fueron desde antiguo, como señala F. Arroyo, «*un inapreciable recurso y un excelente reservorio de fuerza motriz para la sociedad rural*».

A orillas de un Guadiana recrecido con el aporte de la surgencia de los Ojos y de sus afluentes, existió desde épocas pasadas una sarta «*de presas, molinos, aceñas, batanes y otros instrumentos esenciales para toda sociedad rural, puesto que durante años, han sido la principal fuente de energía mecánica con la que se podía contar*» (ARROYO, 1993: 53-58). En el término de Daimiel, uno de los grandes focos de molturación de La Mancha anterior a la revolución industrial, se encontraban siete grandes molinos de rueda vertical que movían varias piedras de molturar. La diferenciación de la estructura social corría pareja con la económica y con la posesión de los medios más rentables del sistema productivo. Estos artefactos estaban en manos de los estamentos privilegiados. Igual ocurría también con los estruendosos batanes; dos de ellos estaban contiguos a los molinos Navarro y Molinocho, propiedad ambos de instituciones religiosas; al primero de ellos se le asigna el papel de escenario de la medrosa aventura quijotesca descrita en el capítulo XX de la primera parte.

⁶ DQ1.^a XVIII, significa capítulo XVIII de la primera parte de la novela de Cervantes *El Ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*. En adelante, las citas de la novela se indican sin las letras DQ, con expresión solamente de la parte y el capítulo correspondiente.

F. Arroyo explica que el viñedo se disponía en el ruedo más próximo al pueblo, le seguían las tierras destinadas al cultivo del cereal y después, los pastos y las dehesas. El regadío, a su vez, ocupaba una pequeña superficie, generalmente contigua al caserío. La disminución de los pastos por las constantes roturaciones y rompimientos ocurridos durante el siglo XVI originó una reducción considerable de la cabaña lanar y del ganado vacuno mientras que, por el contrario, debido a la expansión de la labranza, el caballar, asnal y demás ganado de labor en general, experimentó un considerable aumento (Ib., 1993: 44-53). Esta descripción actual del espacio rural de La Mancha histórica se puede descubrir también a través de una lectura geográfica de la famosa novela de Cervantes.

5.2. *La variedad paisajística del Quijote*

La imagen popular de La Mancha del Quijote se acostumbra a identificar como la de un páramo árido y monótono, sin embargo las anotaciones geográficas de la novela nos muestran unos paisajes mucho más ricos y diversificados. El protagonista anduvo por muchos caminos de la submeseta meridional relativamente distantes unos de otros, de tal modo que los tres tipos de paisaje que se extienden sobre la geografía de esta zona de la península Ibérica los hallamos formando parte también del escenario del Quijote: el paisaje calizo (la cueva de Montesinos); el paisaje silíceo (el escenario de la historia de Grisóstomo y Marcela, y las aventuras de Sierra Morena); y el paisaje arcilloso (la aventura de las ovejas o la historia del Caballero del Verde Gabán, por ejemplo). En un primer acercamiento al paisaje encontramos en el relato frecuentes referencias a los elementos del medio físico y también a los componentes del espacio rural de su época.

La aventura se desarrolla en la estación veraniega: «...una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio... por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo...» (1.^a II). Como en este inicio, se utilizan en la descripción repetidas veces referencias a las características del clima, a la temperatura del estío: «El calor, y el día que allí llegaron, era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande...» (1.^a XXVII); y al frío del invierno: «...al cielo abierto, puesto por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados yelos del invier-

no», dice el protagonista en otra ocasión (1.^a XIII); o a la sequedad no sólo estival, por último, cuando leemos que «...*aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra...*» (1.^a LII). A veces, por el contrario, son las expresiones del tiempo anticiclónico las que sirven para recrear la atmósfera de la aventura, como sucede con la culterana descripción de un amanecer en la llanura de La Mancha: «*Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y... la rosada aurora... por las puertas y balcones del manchego horizonte... se mostraba, cuando... comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.*» (1.^a II); también aparece en la admirada contemplación del transparente firmamento de muchas noches del verano: «*Era anochecido; pero antes que llegase les pareció a todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas.*» (2.^a XIX), que como sucedió a don Quijote, cualquiera puede volver a disfrutar hoy en su viaje por un Campo de Montiel apenas alterado por la contaminación lumínica.

Al recorrer el itinerario seguido en sus tres salidas el protagonista tuvo que pasar necesariamente por varias de las zonas húmedas, junto a las numerosas lagunas esteparias que se encuentran en la llanura manchega; pero a su autor no le interesó ocuparse de este elemento del medio natural. Sólo advertimos su presencia cuando hace descansar a sus personajes en varias ocasiones en parajes que describe como prados llenos de fresca yerba. Por el contrario, sí deja constancia de numerosos pequeños arroyuelos, en las partes de su periplo que transcurren sobre paisajes montanos de la periferia occidental de La Mancha, y especialmente del curso de su río principal, el Guadiana, y de las Lagunas de Ruidera de su cabecera. La singularidad de este tramo y de su irregular régimen sirven al autor como escenario de una de sus aventuras más fantásticas, identificando en la toponimia de la zona a algunos personajes de su epopeya.

Montesinos da nombre a la sima cárstica a la que quiso descender. En su visita creyó descubrir en la profundidad de la cueva el secreto que escondía el comportamiento del río Guadiana y de las lagunas de Ruidera que constituyen su nacimiento: «...*conmigo (Montesinos), y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas...nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años; ...solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llo-*

rando... Merlín... las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora, en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de reyes de España y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima que llaman de San Juan. Guadiana... fue convertido en un río llamado de su mismo nombre; el cual cuando llegó a la superficie de la tierra y vio el sol del otro cielo... se sumergió en las entrañas de la tierra; pero... de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal.» (2.^a XXIII).

Los datos biogeográficos que sirven de encuadre de las aventuras de don Quijote son asimismo muy numerosos. Los diferentes tipos de árboles y arbustos característicos de la vegetación de la submeseta meridional y las especies más frecuentes que componen su fauna llenan las páginas de la novela. Liebres, cuervos, grajos, murciélagos, lobos y otras fieras..., se mueven por ellas, como sucede en el pasaje citado de la aventura de la cueva de Montesinos: «...llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha; pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas e intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. ...se acercó a la sima, vio no ser posible descolgarse...; y así, poniendo mano a la espada, comenzó a derribar y a cortar aquellas malezas que a la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella infinidad de grandísimos cuervos y grajos... murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron... se dejó calar al fondo de la caverna espantosa;» (2.^a XXII).

Los árboles y arbustos de requerimientos edáficos silicícolas y de mayor demanda de humedad ambiental, como el acebo, los castaños, hayas, alcornoques y jaras, aparecen en las etapas de la historia que se desarrollan en la parte occidental de su recorrido. Los bosques residuales de encinas que resistieron a las numerosas roturaciones están presentes por todo él, por las laderas de Sierra Morena y de los montes de Ciudad Real, por la llanura sedimentaria manchega central, en las colinas calizas del Campo de Montiel y por la Mancha de Aragón que visitó antes de marchar hacia Zaragoza y Barcelona, formando florestas y bosquetes. Arbustos subseriales y matorrales mediterráneos, propios de los ambientes más secos, que son característicos de la mitad oriental de la submeseta, como las retamas, adelfas, romero, y las mencionadas

cambroneras y cabrahigos, cumplen el mismo cometido en el recorrido por esta otra parte de la ruta de don Quijote.

Con estos elementos del medio físico se componen en muchas ocasiones verdaderos recuadros naturalistas que desmienten la reiterada negación de la existencia de paisaje en las páginas del Quijote. El de los valles interiores de Sierra Morena, por ejemplo, se describe con sencillez en varios capítulos de la primera parte de la novela, como en este pasaje que transcribimos y que sirve para mostrar el lugar escogido por don Quijote para hacer su penitencia: *«Ibanse poco a poco entrando en lo más áspero de la montaña... Llegaron... al pie de una alta montaña que, casi como peñón tajado, estaba sola entre otras muchas que la rodeaban. Corría por su falda un manso arroyuelo, y hacía se por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento a los ojos que le miraban. Había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores, que hacían el lugar apacible...»* (1.^a XXV). Pero tal vez sea la más conocida de sus descripciones de un paisaje desbordante de vida, esta rememoración de la excelencia de la vida campestre de raíces horacianas con la que deslumbró don Quijote a los asombrados cabreiros de la sierra de las proximidades de Puerto Lápice: *«Dichosa edad y siglos dichosos aquéllos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados... a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que libremente les estaban convidando con su dulce sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas...»* (1.^a XI).

5.3. Las referencias a elementos del paisaje rural

Tampoco faltan las descripciones del paisaje rural. Sus estructuras, y la actividad que en ellas se desarrollan son utilizados una y otra vez como elementos necesarios para componer la escena en la que se de-

sarrolla la acción. La vivienda es una de ellas, con su forma y organización, como sucede con la del Caballero del Verde Gabán a la que nos hemos referido al comienzo de este artículo, de la que sólo nos presenta el autor una pequeña muestra intencionadamente: «*Halló don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas, ... aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle; la bodega, en el patio; la cueva, en el portal, y muchas tinajas a la redonda... Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ellas lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia;...*» (2.^a XVIII).

No son muchas las poblaciones expresamente mencionadas en la novela. Quintanar, Puerto Lápice, Ciudad Real, Tirteafuera, El Viso, Almodóvar del Campo, y, sobre todo, El Toboso. La descripción de los pueblos donde vivían los principales protagonistas del relato, con el acontecer del innominado lugar en el que residían don Quijote y Sancho, y la pintura realista de la que se califica como «gran ciudad» del Toboso, en la que residía y hacía sus labores la idealizada Dulcinea, los podemos conocer un poco más. El cuadro de la vida campestre del primer caso se describe en los capítulos finales, en el retorno a su casa: «*Y siguiendo su camino ... subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea... Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron al pueblo.*» (2.^a LXXII). «*A la entrada del cual... vio Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos... por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino a recoger y agazapar debajo de los pies del rucio. ... pasaron adelante, y a la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco... Finalmente, rodeados de muchachos y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron a casa de Don Quijote...*» (2.^a LXXIII).

La descripción del ambiente nocturno del Toboso rural, una de las mayores y más importantes poblaciones de La Mancha en tiempos de Cervantes, es más extensa: «*Medianoche era... cuando... entraron en el Toboso. (...) No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros... De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, maullaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el si-*

lencio de la noche... Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dio con el bulto que hacía la sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo...» (2.^a IX). A continuación, un mozo de mulas que salía a realizar su faena acostumbrada a tan temprana hora, da respuesta a su pregunta acerca de donde se encuentran «los palacios» de doña Dulcinea, y complementa la caracterización de la sociedad rural: «...yo soy forastero y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo a un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar; ...sabrás dar... razón... porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras, sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa. ...adiós, que ya viene el alba.» (2.^a IX).

La venta es el otro elemento de la arquitectura rural que posee una presencia destacada en el paisaje del Quijote. Dos de ellas tienen un papel especial, la que sirvió para su investidura como caballero y la que fue escenario de múltiples aventuras y desventuras de sus protagonistas. En la primera se cuenta como eran sus dependencias externas: «...dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba; y recogiendo Don Quijote todas las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba... y se comenzó a pasear delante de la pila...» (1.^a III). La segunda es la venta del manteo, una venta de la que se dice que era más bien pequeña, situada a más de treinta leguas de El Toboso, en el camino de Andalucía, a día y medio de Sierra Morena, y a menos de dos jornadas del pueblo de Don Quijote, el cual, a su vez, estaba en el camino de Cartagena. Descrita así en distintos momentos del relato, nos introduce en su interior y muestra algunos otros elementos del conjunto edificado: «...hicieron una muy mala cama a Don Quijote, en un camaranchón que, en otros tiempos, daba manifestos indicios de haber servido de pajar muchos años... El duro, estrecho y fementido lecho... estaba, primero, en mitad de aquel estrechado establo... Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara, que, colgada en medio del portal, ardía.» (1.^a XVI). «...en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera...» (1.^a XLIII). En ella, según comenta el ventero, cuando era tiempo de la siega, se recogían durante las fiestas muchos segadores,

anotando que siempre había alguno que sabía leer (1.^a XXXII) congregándose todos los presentes a escuchar sus lecturas.

Arrieros, carreteros, boyeros, cuadrilleros y viajeros de toda condición que pasaban por el Camino Real eran sus visitantes habituales. Éstos, para resguardarse de las incomodidades del viaje disponían de carruajes y complementos diversos: «...asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito... Traían sus anteojos de camino y sus quitasoles. Detrás ellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche... una señora vizcaína, que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban en el mismo camino;...» (1.^a VIII).

Las actividades del sistema agrario y la organización social campesina tienen también su presencia en el relato. Roturaciones y siembra, las huertas, el viñedo y el olivar, la alternancia de cultivos, las relaciones sociales en la vida campesina, el régimen de tenencia, elementos que permiten identificar los espacios agrarios, son igualmente explicados por sus protagonistas. En la sentimental historia de Grisostomo y Marcela, el cabrero de la sierra de la Calderina, Pedro, describe las características de la vida rural y el funcionamiento del sistema agrario; Grisóstomo «...era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas tierras... su padre y sus amigos hacían lo que él les aconsejaba, diciéndoles: «Sembrad este año cebada, no trigo; en éste podéis sembrar garbanzos y no cebada; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota»». (1.^a XII). «Grisóstomo... quedó heredero de mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor...» (1.^a XII). En cuanto a Marcela, se trataba de una muchacha rica, que a la muerte de su padre quedó bajo la tutela de un tío suyo, sacerdote y beneficiado de su lugar, y que en su orfandad había decidido «...irse al campo con las demás zagalas del lugar y dio en guardar su mismo ganado...» (1.^a XII).

Esta manifestación de autogobierno de los asuntos de su interés por parte de la mujer la encontramos también en la historia de Luscinda, quien afirma en otro momento que ella «...era señora de... su hacienda: por mí se recibían y despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía pasaba por mi mano; los molinos de aceite, los lagares de vino, el número del ganado mayor y menor, el de

las colmenas.» (1.^a XXVIII). Otras labores menos especializadas ocupaban a las mujeres de más baja condición social, como las que pensaba encontrar Sancho en su visita al Toboso por mandato de don Quijote, que «...podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino, o trillando en las eras...» (1.^a XXV), y de quien decía más tarde haber recibido lo que era acostumbrado: «...un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando de ella me despedí; y aún, por más señas, era el queso ovejuno.» (1.^a XXXI). Vino, vinagre, aceite, sal y romero, fueron los ingredientes comunes en la cocina manchega de aquel tiempo, y los cuatro últimos también los que pidió don Quijote al ventero, supuesto alcaide del imaginado castillo que lo acogía, para fabricar la amarga salsa que tenía por salutífero «bálsamo de Fierabrás» (1.^a XVII).

Animales domésticos (perros, gatos, puercos, jumentos...), montes, colmenas, leñas y caza, majadas, pastos y ganado equino, ovino (carneros y ovejas), vacuno (vacas y bueyes), y cabrío, formaban parte de las explotaciones agrarias, ganadera y forestal. En varias ocasiones se muestran ejemplos de su integración y del intrincado paisaje que les corresponde: «...oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y a deshora, a su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas, por cima de una montaña, pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote... El respondió... que quién les había traído por aquel lugar, pocas o ningunas veces pisado sino de pies de cabras o de lobos y otras fieras que por allí andaban... Bajó el cabrero, y... dijo: ...habrá al pie de seis meses, poco más o menos, que llegó a una majada de pastores que estará como tres leguas de este lugar un mancebo... Preguntónos que cuál parte de esta sierra era las más áspera y escondida... dijímosle que era ésta donde ahora estamos... si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis a salir; y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que a este lugar encamine...» (1.^a XXIII).

Dentro del conjunto de las actividades económicas tenían un papel muy destacado las industriales, especialmente la molturación y la elaboración de paños. Lagares, molinos hidráulicos y de viento, y batanes, cubrían estas necesidades básicas de la población rural del siglo XVI. Las instalaciones de estos dos últimos artefactos también atrajeron la atención del autor para hacerlas aparecer en su obra con un papel destacado, como escenario de algunas de sus aventuras más populares. El

combate con los supuestos gigantes, que no eran tales, «...en esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo... aquellos que allí se parecen no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas por el viento, hacen andar la piedra del molino» (1.^a VIII), es una de ellas; la otra, la pintoresca de los batanes, que da la oportunidad para describir el industrioso paisaje del Guadiana, al abandonar la llanura manchega.

Esta aventura tiene como fondo los parajes de la dehesa Zacatena, un prado «colmado de verde y menuda yerba...», donde el autor hace descansar a sus protagonistas antes de envolverles en la oscuridad de la noche y el irracional miedo ante lo desconocido, elementos percibidos que son un dato más de la composición del paisaje: «...comenzaron a caminar por el prado arriba a tiento... más no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido... oyeron a deshora otro estruendo... oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, acompañados del furioso estruendo del agua... Era la noche... oscura, y... acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido...» que dejó paralizados a don Quijote y a su escudero. Así permanecieron hasta que «Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vio Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que ellos eran castaños, que hacen la sombra muy oscura... comenzó a caminar hacia la parte de donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía... y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear, que aún no cesaba... se fue llegando poco a poco a las casas... Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando, al doblar de una punta, pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido... eran... seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.» (1.^a XX).

Finalmente, las referencias al saber tradicional, a las costumbres y usos populares completan el cuadro. Un ejemplo es la lectura de la

hora en que se vive mediante la observación de los astros, especialmente, la posición de la Osa Mayor, que conocía Sancho: «...a lo que a mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la medianoche en la línea del brazo izquierdo...» (1.^a XX). Otro, las rogativas, para conseguir mediante la intercesión de los santos, una buena cosecha: «...por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo a Dios... les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venía en procesión a una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había.» (1.^a LII). El calendario festivo, también, en particular la difusión de las fiestas de carnaval, que sirve de comentario a la aventura del «cuerpo muerto» trasladado por una extraña comitiva desde Úbeda a Segovia, a su paso por los caminos de La Mancha en plena noche: «...todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así... dejaron la refriega y comenzaron a correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecían sino a los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren.» (1.^a XIX).

Y por último, la práctica teatral, por parte de compañías ambulantes que se desplazaban de unos pueblos a otros. Algunas se dedicaban a contar temas sagrados, como la de Angulo el Malo, «...una carreta... salió al través del camino, cargada de los más diversos personajes... Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Hábeas, el auto de «Las Cortes de la Muerte», y hémoste de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca... nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos.» (2.^a XI). Otras representaban temas profanos, como hacía la de Maese Pedro: «...un famoso titiritero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de la libertad de Melisendra... que es una de las mejores y más bien representadas historias...» (2.^a XXV).

6. El espacio geográfico del Quijote

Juan Antonio Pellicer, introdujo en 1799 una reflexión que ha sido repetidas veces reproducida después, acerca de las contradicciones ad-

vertidas por los lectores del Quijote en cuanto a las coordenadas temporal y espacial de la novela cervantina. *«En el... Discurso Preliminar, en que se trata de la acción de la fábula del Don Quixote, se dijo que, si se hubiese de calcular con rigor su duración, resultarían de su mismo contexto no pocos anacronismos, muy disonantes y enormes; y que así se debe considerar su cronología no tanto como la de un historiador, que sigue con exactitud la razón y el orden de los tiempos, cuanto como la de un poeta, que los suele invertir y trastornar... Esta misma consideración parece justo se tenga también en la geografía que observó Cervantes, pues de un poeta y escritor de fábulas caballerescas no debe esperarse la rigurosa observancia de las leyes geográficas, que tanto obliga al historiador y cronista de sucesos verdaderos. Por esta razón parece es acreedor el autor del Don Quixote a que se le disimule, si tal vez se nota alguna oscuridad, contradicción e inconsecuencia en la situación de los lugares donde sucedieron las aventuras, pues se debe creer que así como estas son quiméricas, lo son igualmente muchos de los sitios donde acaecieron, y solo se debe hacer algún hincapié en los que constan con claridad...»* (PELLICER, 1799: 242).

Ya vimos que el autor del relato, en la descripción de la casa de don Diego Miranda, en la Mancha de Aragón, se excusó de extenderse en profundidades porque, nos dice *«...al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia;...»* (2.^a XVIII). Las alusiones a esta premeditada ambigüedad se ha venido repitiendo desde entonces en términos similares a los de Pellicer con justificaciones de todo tipo. Muchos años después, otro cervantista, hace ahora casi medio siglo (AGOSTINI, 1958: 15), decía, por ejemplo, que la arbitrariedad en el manejo del tiempo va corriendo pareja con los malabarismos que Cervantes practica con la geografía. Asignaba además sus supuestos contrasentidos a una deliberación bien planeada por parte del autor, para que su protagonista no se viera limitado por vinculaciones excesivas de espacio y tiempo. En cualquier caso, afirmaciones como ésta no restan sino que añaden interés a nuestra lectura desde un enfoque geográfico. Recrearse en sus páginas constituye un proceso de iniciación al conocimiento del lugar, a pesar de las expresas renuencias del autor a proporcionarnos una más amplia descripción explícita de sus diferentes paisajes.

Tal ausencia ha sido advertida en numerosas ocasiones. F. Pillet, en un reciente artículo (2002), proporciona una profusión de referencias. Se señala que en la inmortal novela no hay apenas paisaje, «es pura alusión» (Martínez del Val, 1957), aunque Cervantes lo dejó circular libremente por entre sus páginas (Gaya, 1992); que el paisaje como sujeto de contemplación estética no aparece en el Quijote y que las descripciones paisajísticas, cuando las hay, no pasan de ser artificiosas reelaboraciones (Gómez-Porro, 1998); y que, sin embargo, quedan las personas, las costumbres, los pueblos y los parajes que recorrió desde La Mancha y el Campo de Montiel hasta Barcelona... (PILLET, 2002: 148).

Pero la lectura del Quijote nos transmite continuamente las vivencias del autor, expresadas de forma tan diáfana que un paisaje virtual se materializa en el subconsciente del lector sin resistencia. La ficción y la realidad se confunden. Por eso, la descripción del paisaje actual de La Mancha ha podido ser abordada también, en ocasiones, como referente del espacio vivido que aparece en la novela cervantina, del espacio del Quijote. Es este un ejercicio de geografía histórica en orden inverso. La observación de la evolución del paisaje rural, de las edificaciones que constituyen el patrimonio cultural arquitectónico, lo construido y su presencia en el paisaje actual, la vivienda popular, la bodega, la quintería, los molinos, las norias, los bombos, y otros elementos como posadas, paradores y ventas (GARCIA y FERNÁNDEZ, 2000), son los hitos que proporcionan legibilidad al paisaje literario.

Decíamos al principio que la lectura de textos literarios, como es el caso del Quijote, facilita la conformación de paisajes ideales en la imaginación de los lectores. Se trata de paisajes recreados por su autor a través de su personal experiencia, y su descripción, que integra elementos del medio natural y de la cultura, permite la comprensión del espacio, «un sistema de valores, que se transforma permanentemente» (SANTOS, 1996: 83), que es patrimonio de la Geografía. Para muchas personas la primera noticia y conocimiento que se tiene de esta extensa porción de la geografía de España que es La Mancha está emparentada con el imaginario de Don Miguel de Cervantes. Podemos afirmar asimismo que la azarosa historia de don Quijote ha jugado un papel esencial para la comprensión de la vida y el mundo rural de La Mancha. La realidad y la recreación se han mezclado y aparecen unidas en las interpretaciones que de esta novela han hecho numerosos autores durante los cuatro siglos transcurridos desde su primera publicación. La lectura del Quijote

con una mirada geográfica permite conocer los elementos que forman el escenario y, a su vez, entre los lances de la aventura, descubrir la vida que anima al paisaje y lo transforma en espacio geográfico.

Con el Quijote podemos comprender la existencia de La Mancha como un espacio construido por numerosos lazos solidarios, una faceta a la que se refirió con buen sentido Thomas de Carranza (1987). Se reconoce en la novela una comunidad formada por pueblos o ciudades menores, donde las gentes se veían y se trataban mucho; las numerosas historias intercaladas en la propia aventura de don Quijote, su compromiso personal, o las preocupaciones de sus convecinos, el cura, el barbero, el bachiller, etc., dan prueba de ello. La vida social tenía una dimensión muy humana y los ejemplos de solidaridad y respeto mutuo constituían una práctica habitual. «*Había ricos y pobres, había grandes y pequeños, pero todos convivían y cada uno jugaba un papel personal, y la opinión pública era espontánea, participativa y humanista*» (THOMAS DE CARRANZA, 1987: 115). En su primera salida, después del tropiezo con el grupo de mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia, don Quijote es auxiliado por Pedro Alonso, un labrador de su mismo lugar, vecino suyo, que ocasionalmente pasaba por allí «*que venía de llevar una carga de trigo al molino...*» y que espera a la caída de la noche para que la vergonzante llegada del maltrecho hidalgo a su casa fuera lo más disimulada posible «*...porque no vieses al molido hidalgo tan mal caballero.*» (1.^a V). Todo un ejemplo a recuperar, especialmente en esta otra época, la nuestra, presa de intereses bien diferentes. La lectura geográfica del Quijote es una invitación a conocer el espacio de La Mancha, disfrutando de un emotivo paisaje cultural en el que la ética y la estética rezuma y fluye abundantemente de sus apretadas páginas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGOSTINI BANÚS, E. (1958): *Breve estudio del tiempo y del espacio en el Quijote. Discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Manchegos*. Inst. Est. Manchegos, Ciudad Real, p. 20.
- ARROYO ILERA, F. (1993): «Introducción», en Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria y Ediciones Tabapress: *Daimiel, 1752. Según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*. Col. Alcabala del Viento, n.º 56, Madrid, p. 224.
- CARRERAS, C. (1988): «Paisaje urbano y novela», en *Estudios Geográficos*, CSIC, XLIX, 191, abril-junio 1988, pp. 165-187.

- (1998): «El uso de textos literarios en Geografía», en GARCÍA BALLESTEROS, A. (Coord): *Métodos y técnicas cualitativas en Geografía social*. Barcelona, Oikos-tau, pp. 163-175.
- CLAVAL, P. (1995): *La Géographie culturelle*. Nathan Université, París, p. 384.
- (2002): «El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio», en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, n.º 34, 2.º semestre 2002, pp. 21-39.
- ESTÉBANEZ, J. (1982): «La Geografía Humanística», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, n.º 2, Madrid, pp. 11-30. Reproducido en VV.AA. (2000): *Lecturas Geográficas. Homenaje al Profesor José Estébanez Álvarez*, Edit. Universidad Complutense, Madrid, pp. 191-208.
- GARCÍA, J. S., y FERNÁNDEZ, M. C. (2000): *El espacio del Quijote: El paisaje de La Mancha*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, p. 84.
- GÓMEZ MENDOZA, J.; ORTEGA CANTERO, N., y otros (1988): *Viajeros y paisajes*, Alianza, Madrid.
- MARTÍN DE NICOLÁS, J. (1988): «La reconstrucción del Común de La Mancha (1480-1603)», en VV.AA. (1988), *Conflictos sociales y evolución económica en la Edad Moderna (I)*. Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, tomo VII, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Talavera (Toledo), pp. 37-44.
- ORTEGA CANTERO, N. (2002): «Paisaje e identidad nacional en Azorín», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 34, pp. 119-132.
- PELLICER, Juan Antonio (1799): «Descripción geográfico-histórica de los viajes de don Quijote de La Mancha»; en *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha compuestos por Miguel de Cervantes Saavedra... Parte segunda, tomo VIII. En Madrid por don Gabriel de Sancha. Año de MDCCLXXXIX*. Ed. facs. Cortes de Castilla-La Mancha, Toledo, 1996.
- PILLET CAPDEPÓN, F. (2001): *La Mancha. Transformaciones de un Espacio Rural*. Celeste Ediciones, Madrid, p. 180.
- (2002): «De la ficción a la percepción. Del Quijote a La Mancha literaria», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, n.º 34, 2.º semestre 2002, pp. 147-157.
- SANTOS, M. (1999): *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*. Hucitec, Sao Paulo, 310 p.
- SUÁREZ-JAPÓN, J. M. (2002): «Geografía y literatura en los escritos de viaje de José Manuel Caballero Bonald», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 34, pp. 133-146.
- THOMAS DE CARRANZA, Manuel (1987): «La aventura del tiempo en el Quijote», en AYUNTAMIENTO DE ESQUIVIAS (1987), *Homenaje de Esquivias a Cervantes*, Gráficas Cervantes, Salamanca, pp. 113-150.
- VILAGRASA I IBARS, J. (1988): «Novela, espacio y paisaje: Sugerencias para una geosofía estética», *Estudios Geográficos*, CSIC, XLIX, 191, abril-junio 1988, pp. 271-285.

RESUMEN: Los textos literarios contienen descripciones del mundo real que permiten configurar paisajes ideales en la mente de los lectores. La identificación de los caracteres geográficos más conocidos de La Mancha se corresponde con el espacio geográfico que se percibe a través de las páginas del Quijote. La lectura de esta novela con una mirada geográfica nos permite descubrir los datos físicos y humanos que conforman el escenario de su historia. Elementos diversos del medio natural y de la organización social están distribuidos por todos los capítulos como soporte de la trama que viven sus personajes. Finalmente, siguiendo los lances de la aventura, podemos percibir la vida que anima a sus paisajes y los transforma en espacio geográfico. En este proceso le corresponde a la geografía cultural proporcionar el utillaje intelectual, teórico y metodológico, que nos ayuda a comprenderlo.

PALABRAS CLAVE: Geografía cultural. Castilla-La Mancha. El Quijote. Paisaje geográfico.

ABSTRACT: Literature provides descriptions of the real world that let us configure ideal landscapes in our minds. The geographical space perceived within *The Quixote* has let us know the most famous geographical items in La Mancha. Its reading from a geographical point of view let us discover the physical and human data which form part of its story. The environment and the social organization are distributed within every chapter as the plot base. Finally, through the adventures, we can perceive the life that breaths in its landscapes and transforms them into a geographical space. It is the aim of the cultural geography to provide the intellectual, theoretical and methodological skills necessary for its comprehension.

KEY WORDS: Cultural Geography. Castilla-La Mancha. *The Quixote*. Geographical Landscape.

RÉSUMÉ: Les textes littéraires contiennent des descriptions du monde réel qui permettent de configurer des paysages idéaux dans l'esprit des lecteurs. L'identification des caractères géographiques les plus connus de La Mancha correspond à l'espace géographique que l'on perçoit tout au long des pages du *Quixote*. La lecture de ce roman d'un point de vue géographique nous permet de découvrir les données physiques et humaines qui conforment la scène de son histoire. Divers éléments du moyen naturel et de l'organisation sociale sont distribués tout au long des chapitres comme support à la trame que vivent ses personnages. Finalement, pendant les péripéties de l'aventure, nous pouvons percevoir la vie qui anime ses paysages et les transforme en espace géographique. Dans ce processus, c'est à la géographie culturelle de fournir l'outillage intellectuel, théorique et méthodologique qui nous aide à le comprendre.

MOTS CLÉS: Géographie culturelle. Castilla-La Mancha. *Le Quixote*. Paysage géographique.